



# FRANZ SE METE EN PROBLEMAS DE AMOR

CHRISTINE NÖSTLINGER

Traducción de Juan José de Narváez

Ilustraciones de Erhard Dietl



Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Caracas,  
Guatemala, Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José,  
San Juan, San Salvador, Santiago de Chile.

## CONTENIDO



Ana  
Sandra  
Elsa



Franz quería a muchas personas.



Quería a su padre y a su madre.



Quería a su abuela y a Josef, su hermano mayor.



Quería a Gabi, que vivía en la casa vecina.



Quería a Daniel Eberhard, su compañero de escuela.

Y además, quería a sus tres tías.



Como la mamá, el papá, la abuela, Josef, Gabi, Daniel Eberhard y las tres tías también querían a Franz, él no tenía mayores problemas con el amor. Para Franz el amor era cuando dos personas se llevaban muy bien entre sí y se sentían muy contentas estando juntas (podían discutir un poco, pero sólo de vez en cuando).



ANA

Como Franz sólo conocía el amor feliz, la tristeza de su hermano Josef lo tenía desconsolado desde hacía unas semanas. Josef se había enamorado de Ana a primera vista. Él la había visto y había sentido un vuelco en el corazón, un escalofrío en la espalda, y se le había puesto la piel de gallina.

«¡Quiero a esta niña más que a nadie!», pensó Josef.

Josef se había encontrado con Ana en el descansillo de la escalera. Mientras él bajaba cometido, ella subía de prisa y se estrellaron.

Ana llevaba un bolso debajo del brazo y se le cayó.

—¡Bobo, len cuidado! —gritó.

—Discúlpame —le dijo Josef y recogió el bolso.



Ana le arrancó el bolso de la mano y siguió camino hacia el tercer piso. Josef permaneció inmóvil. Alcanzó a oír que la niña timbró en el apartamento de la señora Leidlich. Por cierto, la señora Leidlich no tenía un timbre común y corriente, sino uno que sonaba «ding-dong-ding-dong». Luego escuchó que la señora Leidlich le dijo:

—¡Ah, por fin llegaste, Ana!

Josef iba a casa de su amigo Otto, pero dio marcha atrás y regresó a su apartamento (porque el amor le había salido al encuentro en aquella mirada). Mamá y Franz estaban en la cocina. Lloraban un poco: mamá porque estaba cortando cebolla y Franz porque se encontraba muy cerca de mamá.

Josef se dejó caer en el banco de la cocina.

—¡Acaba de estallar! —dijo él.

—¿Dónde? —preguntó mamá, mientras trataba de contener las lágrimas.

—¡Dentro de mí! —contestó Josef, y les narró la historia de Ana, el vuelco en el corazón, el escalofrío, y les confesó que se le había puesto la piel de gallina.

—¡Tenía que pasar! —dijo mamá.

—¡Quiero volver a verla! —exclamó Josef.

—Entonces siéntate en la escalera y espera a que baje —le dijo mamá, sonriendo y secándose las lágrimas. No lo dijo en serio, pero Josef sí lo tomó en serio y se sentó en la escalera a esperar.

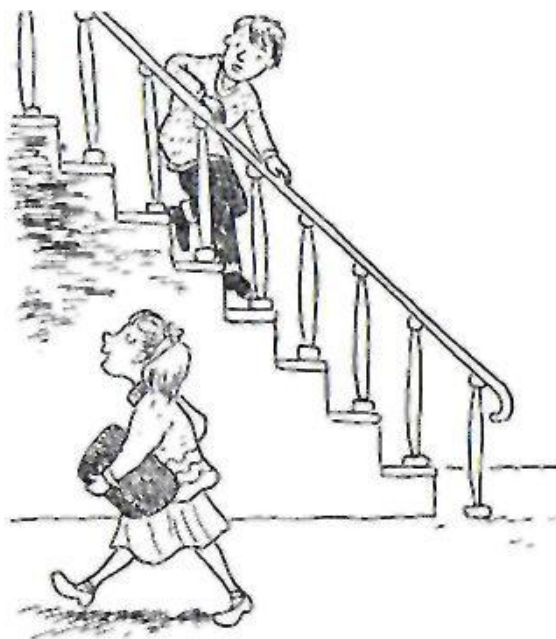
Debió soportar toda clase de comentarios de los vecinos:

—Siempre pierdes la llave de tu casa, ¿no? ¿Es que sólo tienes aserrín en la cabeza? —le dijo la señora Berger.

—Te pasaste de listo, ¿verdad? ¿Tu madre te dejó por fuera? —le preguntó el señor Huber.

—¡Tus padres han arrendado un apartamento, no una escalera! —gritó la señora Knitzwackel, que siempre lo regañaba.

Finalmente, después de una hora, Ana apareció en la escalera. Mientras la esperaba, Josef había pensado con detenimiento qué le diría. Escogió con cuidado estas palabras: «¡Me llamo Josef, vivo en este mismo edificio y me gustaría conocerte!» Pero antes de pronunciarlas debía carraspear para llamar su atención. Apenas había tenido tiempo de carraspear, cuando Ana pasó a toda velocidad junto a él. Josef saltó del escalón.



—¡Hola!—exclamó—. ¡Oye, espera!

—¡El «hola» murió hace mucho tiempo y el «oye» está muy enfermo! —le respondió Ana desde el primer piso y luego sonó un portazo.

Josef regresó al apartamento y se encerró en su cuarto. Esto sólo lo hacía cuando estaba muy triste.

—Debemos ayudarlo —le dijo Franz a mamá.

—No sabría cómo—contestó mamá. —¡Ya se te ocurrirá algo, si lo piensas bien! —añadió Franz.

Mamá lo pensó por un rato. Luego tomó una cesta con cerezas.

—Se las llevaré ahora mismo a la señora Leidlich y le diré que tenemos muchas y hay suficiente para todos —dijo mamá.

—¡Pero si no tenemos muchas! —gritó Franz. Él hubiera querido comer cerezas después de la cena.



—En todo caso, necesito alguna excusa para subir y hablar con ella —contestó mamá—. Así me contará algo sobre Ana.

Franz asintió y mamá subió al tercer piso con las cerezas. Allí permaneció un largo rato y regresó con bastante información.

Les dio las noticias durante la cena: Ana tenía trece años, la misma edad de Josef. Era sobrina de la señora Leidlich y la visitaba todos los miércoles. Hoy se había quedado más tiempo de lo normal. Por lo general llegaba a las dos de la tarde a tomar clase de piano y era la señora Leidlich quien se la daba.

—¡Vaya, Josef! —intervino papá—. Entonces no hay razón para que te desesperes. ¡Cada miércoles tendrás una nueva oportunidad!



Desde aquel día, Josef se sentaba en la escalera cada miércoles faltando cinco minutos para las dos de la tarde y Ana pasaba dos veces junto a él.

Pero en el preciso instante en que Josef comenzaba a hablar, ella lo interrumpía con respuestas burlonas:

—¿Pretendes enfriar el río Po?

O bien:

—¿No tienes nada mejor para hacer que sentarte aquí?

Y en cierta ocasión la tía le dijo a Josef:

—¡Tú, el cómico idiota de la escalera, montando guardia de nuevo allí abajo!

Franz no entendía esto y pensaba: «Nuestro querido Josef es un muchacho maravilloso. Esta niña no pudo haber encontrado a alguien mejor».

—Estoy de acuerdo —opinaba mamá—. Pero para que se dé cuenta de ello debe empezar por conocerlo.

Cierta vez, un miércoles, Josef estaba resfriado. Tenía los ojos rojos y la nariz hinchada, y no quería que Ana lo viera. Abandonó su puesto en la escalera, se tendió en el sofá y miró a lo lejos. Franz pensó que había llegado el momento de actuar y buscó una excusa para subir al apartamento de la señora Liedlich. Mamá estaba en el trabajo y no podía ayudarle a encontrar la excusa, y esta vez no había cerezas. Entonces Franz tomó la cesta de papas, subió al tercer piso y timbró.

—Tenemos muchas ¡y hay para todos! —le dijo Franz en voz baja y le ofreció la cesta. (Cuando Franz estaba nervioso siempre hablaba en voz baja.)

La señora Leidlich miró las papas sorprendida.

—Pero... ¿por qué? —balbuceó.

Franz le entregó la cesta con timidez.

—Bueno, pues reciban mis agradecimientos— murmuró la señora Leidlich.



En realidad, Franz debió haberse retirado en ese momento, pero no lo hizo. Se quedó allí, y como la señora Leidlich no quería cerrarle la puerta en la nariz, le preguntó si quería entrar.



Franz se asomó por la puerta y oyó que de un cuarto provenían las notas de un piano. Ana estaba sentada ante el piano y lo miraba con mala cara. La señora Leidlich suspiró.

—Tengo que enseñarle a tocar el piano, pero ella no quiere.

—¡Yo sí quiero! —mintió Franz.

—¡Siempre es así! —dijo Ana—. ¡Quien quiere, no puede, y quien no quiere, debe hacerlo!

—¿Me dejas probar una vez? —preguntó Franz.



Ana lo dejó sentarse ante el piano con gusto. Franz echó una ojeada a la partitura. No sabía leer las notas pero vio que en el margen superior decía: «EL PEQUEÑO HANS».

¡Por supuesto, él ya conocía esta canción! Con el dedo índice tocó algunas teclas y muy pronto, después de algunos ensayos, encontró las notas adecuadas.

—¡Pero si tienes talento natural!—exclamó encantada la señora Leidlich.

Le preguntó a Franz si quería tocar el piano con Ana, pues pensó que sería bueno para su sobrina.

—¡Claro que sí! —exclamó Franz.

En ese momento sonó el teléfono en el vestíbulo y la señora Leidlidí corrió a contestar.

Mientras ella hablaba, Franz aprovechó para contarle a Ana que tenía un hermano mayor maravilloso. Que ganaba todos los premios en natación y en las carreras de esquí, y que era tan fuerte que podía pelear contra cuatro niños de su edad al mismo tiempo.

—Y cuando él no quiere hacer algo —añadió Franz—, ¡sencillamente no lo hace! ¡Nadie puede obligarlo!

En ese momento regresó la señora Leidlich y Franz dejó que le enseñara las notas musicales. Pero de vez en cuando contaba algo interesante sobre su hermano. Franz estuvo practicando las notas durante una hora entera. No lo hacía con mucho gusto, pero cuando la señora Leidlich lo invitó a que volviera él miércoles siguiente, él aceptó con alegría.

Franz no contó en su casa que ahora estaba estudiando piano, porque quería ayudarle a Josef en secreto. Durante toda la semana, Franz se rompió la cabeza tratando de encontrar la manera de subir a escondidas, el miércoles siguiente, al apartamento de la señora Leidlich. Josef ya se había curado de la gripe y por eso, ese miércoles montaría guardia en la escalera. Pero Franz se podía ahorrar esta preocupación porque ese día Josef no saldría del colegio a su casa, sino que asistiría a un partido de baloncesto. Franz llegó puntualmente al apartamento de la señora Leidlich. Practicó con Ana la escala de do mayor y la de sol mayor.

—Toma ejemplo del pequeño. Lo hace mucho mejor que tú —le dijo la señora Liedlich a Ana.

—Mi hermano mayor no dejaría que tu tía te dijera eso—le murmuró Franz al oído de Ana.

Después de la clase de piano, Franz acompañó a Ana a su casa. Ella vivía a dos cuadras de allí. Durante el camino, Franz le habló de Josef. Exageró bastante pues en realidad él no era tan valiente, ingenioso, fuerte e inteligente como Franz lo mostraba. ¡Pero esto causaba una gran impresión!



—¡Me daría mucho gusto conocer a tu hermano! —dijo Ana finalmente.

—¡Pero si ya lo conoces! —exclamó Franz—. Se sienta a menudo en la escalera porque le gusta reflexionar en silencio sobre los descubrimientos, la vida, el buen Dios, la justicia y otras cosas así.

—¡Y yo lo he llamado imbécil! —confesó Ana, arrepentida.

—Eso no importa —dijo Franz—. Ahora ya lo conoces mejor.



Franz regresó a casa muy satisfecho y encontró a Josef. Estaba sentado en el banco de la cocina.

—¡Acaba de estallar! —le dijo Josef.

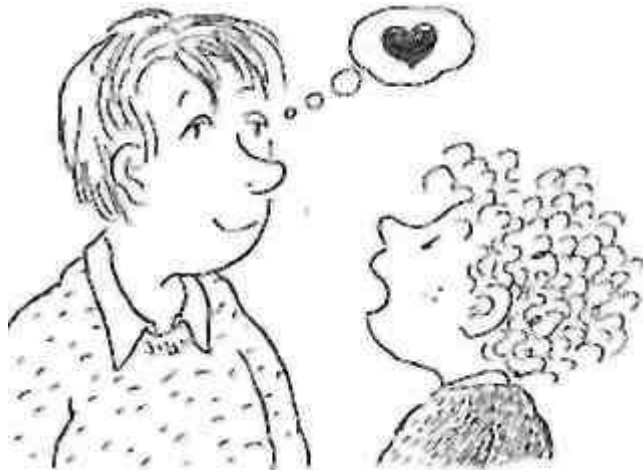
—¿Dónde? —preguntó Franz.

—¡Dentro de mí! —contestó Josef.

Luego le contó a Franz que en el partido de baloncesto había visto a una niña lindísima. Había sentido un vuelco en el corazón, un escalofrío en la espalda y se le había puesto la piel de gallina. Le gustaba muchísimo; de eso estaba seguro.

—¡Quiero a esta niña más que a ninguna!

—¿Y Ana? —preguntó Franz en voz baja.



—Me decepcionó hace mucho tiempo —contestó Josef; y de eso también estaba muy seguro.

Desde entonces, Franz iba a su clase de piano cada miércoles. La señora Leidlich se hubiera enfermado si él hubiera dejado de ir. Además, Franz

la había empezado a querer y no quería que se enfermara.

Por lo demás, Ana no volvió a la clase de piano los miércoles porque había convencido a su mamá de que no era justo obligar a alguien a aprender música.

Franz se encontró varias veces con Ana en la calle. Ella siempre le preguntaba por Josef y Franz se ponía de mal humor porque veía en sus ojos mucha nostalgia. Entonces hizo el firme propósito de no volver a entrometerse en los problemas de amor de los demás.





SANDRA

Estuvo bien que Franz hubiese decidido no preocuparse más por los enamoramientos de otras personas, puesto que muy pronto dejó de tener tiempo para hacerlo. Él mismo se encontró metido hasta las orejas en su propio problema de amor. Todo comenzó en la fiesta del cumpleaños de Gabi. Había muchos invitados y, naturalmente, Franz también estaba allí.

Franz no era un extraño, casi se podía decir que hacía parte de la familia de Gabi. Hacía un par de meses que almorzaba en la casa de ella casi todos los días, pues la empleada doméstica se había ido y su mamá estaba trabajando. A veces también iba a visitarla en las tardes e incluso el domingo. A menudo Franz y Gabi tenían sus pequeñas rencillas pero no permanecían enojados mucho tiempo.



En la fiesta estaba Sandra. Gabi se había hecho amiga de ella en el colegio hacía pocos días. Esto no le molestaba a Franz. Gabi estaba en otro curso y a él no le importaba con quién jugara en los recreos o con quién compartiera su merienda. Pero luego, en la fiesta, se sintió muy incómodo por esa amistad. Gabi y Sandra no dejaban de abrazarse, murmuraban, se sonreían con malicia y se tomaban de las manos. En cambio, para Franz, Gabi no tenía ni un minuto disponible. Cuando se despidieron, Sandra le dijo a Gabi que vendría a visitarla más a menudo.

—Conque esas tenemos —murmuró Franz, pero Gabi no alcanzó a escucharlo. Estaba ocupada entregándole a Sandra un detalle de recuerdo de su fiesta.

Franz fue a quejarse con mamá.

—Toda niña necesita una amiguita. Eso es normal, querido Franz —le respondió.

Entonces fue a quejarse con papá.

—Gabi es muy variable. Verás que pronto se disgustará con Sandra —le contestó.

Franz tuvo confianza en las palabras de su padre y esperó a que se pelearan, pero no lo hicieron. ¡Todo lo contrario! Ahora encontraba a Sandra todos los días en casa de Gabi, y Franz pasó a un segundo plano.

Ellas conversaban alegremente acerca de camisas, pantalones y peinados, estrellas de cine, mascotas bonitas, esmaltes para las uñas y muchachos. Ensayaban bailes y escribían versos. A menudo se susurraban cosas al oído.

—¡Esto no es para ti! —le decían a Franz.

Sandra siempre quería jugar a la princesa y al príncipe. Ella hacía de príncipe y Gabi de princesa. Un día, cuando le propusieron a Franz que hiciera de bufón de la corte, él se enfadó; y cuando ellas le explicaron que no debía molestarse por eso, puesto que era muy pequeño para hacer de príncipe, Franz se puso rojo, le arrojó el gorro de bufón a Sandra y salió corriendo a su casa. Se tendió sobre la cama y le dio puños a la almohada, sollozando.



Así lo encontró Josef al regresar a casa. Le preguntó a Franz qué le pasaba pero no le respondió. Él estaba esperando a mamá para contarle sus penas y, por lo tanto, Josef no podía consolarlo.



Pero esta vez mamá tampoco pudo ayudarle. No le parecía bien que le hubieran dejado a Franz el papel de bufón, pero no era para tanto. Y papá no se mostró nada comprensivo.

—Muchacho, no tienes por qué estar celoso de una niña. Si Sandra fuera un Sandro, podría entenderte—le dijo.

—¡Da lo mismo que se trate de Sandra o de Sandro! —respondió Franz.

—¡No! —exclamó papá—. ¿Acaso estoy celoso de las amigas de tu madre? Ellas no me van ni me vienen. Sólo me preocuparía si se tratara de un hombre.

—¡No me importa! —gritó Franz—. De todas maneras ya no quiero a Gabi.

—Sólo hasta mañana por la mañana —dijo Josef. Y esto lo irritó aún más.

Al día siguiente, Franz salió a las siete y media de su casa. Diez minutos después llegó Gabi, como todas las mañanas, y timbró con fuerza en casa de Franz. Si la señora Huber no le hubiera dicho que Franz ya había salido, probablemente hubiera seguido timbrando hasta las ocho.

Al mediodía, Gabi esperó a Franz a la salida del salón de clase, pero Franz salió con Daniel Eberhard y pasó de largo frente a Gabi, como si ella no existiera. Gabi quedó tan desconcertada, que lo siguió con la mirada atónita. Tampoco encontró a Franz a la hora del almuerzo. Él llegó con hambre a casa y entró en la cocina. La pared que separaba la cocina del apartamento de Gabi era tan delgada que se podía escuchar cuando hablaban en voz alta. Franz oyó a Gabi decir:

—Franz es un tonto. No sé por qué actúa de esa manera tan estúpida.



Luego la madre de Gabi entró en el apartamento de Franz y le sirvió un plato de arroz con verduras y una porción de torta de manzana. Ella tenía una llave del apartamento para casos de necesidad.



—¿Qué te pasa, Franz? —le preguntó.

«Ella debe haberlo, pues ha estado presente varias veces cuando su hija me ha ignorado», pensó Franz.

—¿Es por causa de Sandra? —le preguntó la mamá de Gabi. Franz comenzó a llorar y ella le prestó su pañuelo.

—Te comprendo, Franz—le dijo consolándolo. Franz sollozó y buscó refugio en su regazo. En ese momento decidió contarla entre la gente a quien él más quería.

—Pero si Gabi te quiere mucho —le dijo abrazándolo—. Créeme. Sencillamente ignora que te hace daño. Ella no ha sentido celos y por eso no los entiende.

«Si eso es así, yo le ayudaré a entenderlos. Le enseñaré lo que es sentir celos», pensó Franz. Comió a toda prisa y fue a ver a Gabi.



—¿Ya estás bien, Franz? —le preguntó Gabi.

—Más o menos —dijo Franz.

Gabi quería jugar con Franz a «pon-te-el-sombrero».

—Esperemos a Sandra. ¡Quiero jugar con ella! —le dijo Franz.

—¡Pero si «ponte-el-sombrero» se puede jugar entre dos! —gritó Gabi.

—Bueno—replicó Franz—, pero con Sandra será mucho más divertido.

Al parecer, esto le molestó mucho a Gabi. Cuando Sandra llegó, Franz celebró alegremente su llegada; le elogió el vestido y el peinado; y luego le habló del osito de felpa que ella quería para su

cumpleaños. Le preguntó si quería ir al cine con él o al menos a su apartamento. Su mamá había comprado un nuevo esmalte para las uñas, «rosado y muy elegante»; y también podría mostrarle una maravillosa antología de lindos versos.

Franz tomó a Sandra del brazo y Gabi se irritó aún más.

—Franz, todavía estoy aquí—le insinuó.

Franz no se dio por aludido. Se puso el gorrito y le dijo a Sandra que era la princesa más hermosa del mundo. Luego hizo de bufón para ella: Dio volteretas, hizo muecas y contó chistes. Sandra se reventaba de la risa, y cada vez que Gabi pretendía jugar con ellos, Franz la detenía diciéndole:



—Hoy te toca hacer de príncipe, y hoy el príncipe está enfermo, así que quédate en la cama descansando.

Cuando Franz le susurró algo al oído a Sandra, Gabi se puso roja y le tiró la corona de príncipe a Franz.



—¡Váyanse a casa, los dos, ya! —vociferó Gabi.

—¿Qué le pasa a Gabi? —preguntó Sandra.

—Creo que ahora sabe lo que es sentir celos —le respondió Franz satisfecho y se fue a su apartamento silbando, ansioso por saber qué pasaría después.

Gabi lo visitó en la tarde.



—¡Oye, Franz! —le dijo— Lo lamento de verdad. Durante los últimos días no he sido muy amable contigo.

—No le he dado importancia —le contestó Franz con indiferencia, sin dejarle ver su alegría.

—¿Quieres que no sea tan amiga de Sandra? —le preguntó Gabi. —¿Harías eso por mí? —¡Por ti, lo haría todo! —exclamó Gabi.

—No tienes que dejar de ser amiga de Sandra —repuso Franz—. Sólo tienes que repartir tu amor de manera más justa entre Sandra y yo.

—Pero así saldrías perdiendo —dijo Gabi—, porque en realidad yo te quiero a ti diez veces más que a ella.

Desde entonces a Franz no le molestó que Gabi y Sandra murmuraran entre ellas y hablaran de cosas que a él no le interesaban. Y una vez, cuando estuvo a punto de sentir celos otra vez, pensó en aquella tarde cuando Gabi le había declarado su amor, ¡diez veces más grande! Tampoco le puso atención a Josef cuando éste se rió irónicamente y le preguntó:

—¿Apostamos a que Gabi también le prometió a Sandra que su amor por ella era diez veces más grande?

—Yo no apuesto. Mamá siempre dice que apostar no es bueno —respondió Franz, tranquilamente.





ELSA

Las tres tías de Franz se llamaban Kitty, Kathi y Koko. No eran tías de verdad, las tres eran amigas de juventud de mamá. Vivían en un pueblo pequeño, en una casa con un enorme jardín. Ninguna de ellas se había casado y ninguna tenía hijos, pero a todas les gustaban los niños. Por eso, con frecuencia llamaban a la mamá de Franz y le decían que les gustaría tener al querido Franz con ellas por un par de días.



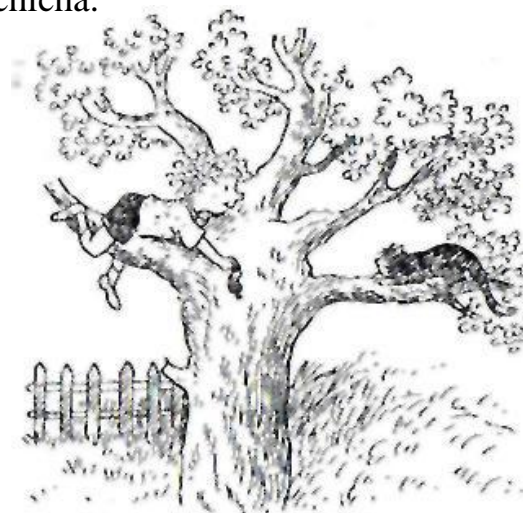
La tía Kitty era peluquera. La tía Kathi era modista. Y la tía Koko era masajista. El salón de peluquería de la tía Kitty quedaba en el sótano de la casa. La modistería de la tía Kathi se hallaba en la mansarda. Y la tía Koko visitaba a sus clientes en

automóvil. En el baúl llevaba la mesa portátil de masajes.

Desde hacía mucho tiempo Franz quería volver a visitar a sus tías y por fin pudo hacerlo en Semana Santa. El primer día, la tía Koko fue a recogerlo en el auto. Las tías no podían tomar vacaciones para cuidarlo, pero esto no le molestaba a Franz. Le gustaba mirar a la tía Kathi cuando cortaba y cosía. Incluso le podía ayudar a la tía Kitty en el salón de peluquería: Cuando ella le cortaba el cabello a una diente, Franz barría el pelo del piso. También le hubiera gustado acompañar a la tía Koko a hacer masajes, pero ella le decía:

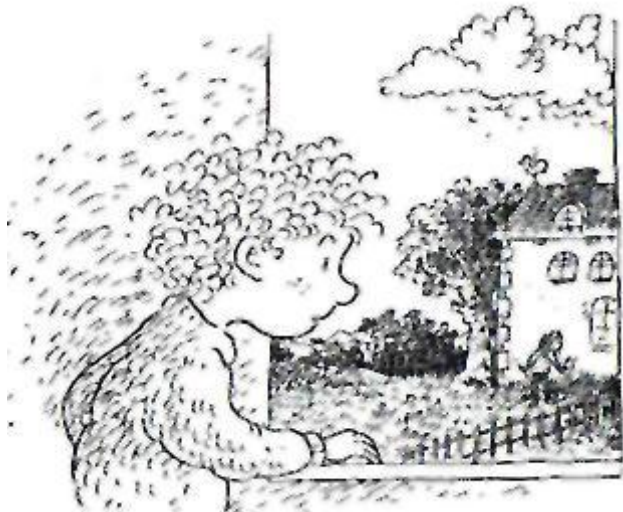
—Franz, no te puedo llevar conmigo porque mis clientes se tienen que desnudar para que yo les haga los masajes y no creo que les guste que tú estés ahí.

Además, Franz podía jugar en el jardín. Allí había árboles para trepar, tierra para cavar y un gato salvaje que se mostraba manso si lo llamaban con una salchicha.



En el jardín de los vecinos había una niña que se llamaba Elsa y parecía un duendecito. Sus ojos eran del color del cielo. Tenía el cabello largo y dorado, una naricita respingada y los más tiernos hoyuelos en las mejillas. Además era un poco más pequeña que Franz, lo cual era muy curioso, porque parecía tener su misma edad y hasta entonces todos los niños de su edad eran al menos un palmo más altos que él.

Franz se enamoró de Elsa tan rápido como Josef de Ana. Algo estalló dentro de él cuando la vio por primera vez en el jardín vecino. El corazón le dio un vuelco; pero no sintió escalofríos en la espalda ni se le puso la piel de gallina. Al principio no se acercó a ella. Simplemente la observaba desde la copa del cerezo, desde la ventana de la mansarda donde estaba la modistería y desde la claraboya de la peluquería. Elsa siempre parecía estar aburrida. Se paseaba de un lado del jardín al otro, arrancaba tallitos de hierba y flores, arrojaba piedrecitas y ensayaba a dar saltos largos.



Las tías notaron que Franz miraba a Elsa con interés y le advirtieron:

—Oye, Franz, la primera impresión que da esa niña, engaña. Según dicen, es un pequeño diablo. ¡Cuidate de ella!

—Pero, ¿qué me puede hacer? —preguntó Franz.

—Puede seducirte —replicó la tía Kitti.

—¿Seducirme a hacer qué? —preguntó Franz.

—A hacer cosas malas —repuso la tía Kathi.

—¿Como cuáles? —insistió Franz.

—No podríamos decirte exactamente— respondió la tía Koko—. Pero todo el mundo murmura de ella.



Esto le pareció emocionante y llamativo a Franz. En ese momento sintió un escalofrío en la espalda. Ahora, sin lugar a dudas, tenía que conocer a Elsa. Se hizo peluquear por la tía Kitti para verse mayor y se echó a la boca un dulce de menta para

evitar el mal aliento. Luego inhaló tres veces profundamente y salió al jardín. Elsa estaba recostada contra la cerca contemplando el cielo, como si estuviera observando un ave. Pero en el firmamento no había ni siquiera una nube. Franz se aproximó a la cerca. No quería hablar porque tenía miedo de que la voz se oyera sin fuerza, como le pasaba siempre que estaba nervioso.

—¡Vaya, por fin! —exclamó Elsa, sin dejar de mirar al cielo—. Ya estaba pensando que tenías algo en contra de las niñas.

Pero Franz no tenía nada en contra de ellas, así que negó con la cabeza.



—¿Eres mudo? —preguntó Elsa.

Dejó de contemplar el cielo y lo miró fijamente. Entonces a Franz se le puso la piel de gallina, como le había pasado a Josef. Nunca había visto unos ojos tan hermosos y tan azules.

—Dime que no eres mudo —insistió Elsa.

Franz negó de nuevo con la cabeza.

—Pásate a este lado —le propuso Elsa.

Franz saltó la cerca con mucha gracia y facilidad.

—¿Jugamos a algo? —le preguntó Elsa.

Franz asintió.

—¿A qué jugamos? —preguntó ella.

Franz se sentía ahora un poco menos nervioso y su voz se oyó casi normal cuando dijo:

—Cualquier cosa está bien, lo que tú quieras.

—¡Juguemos a algo prohibido! —dijo Elsa, y se le formaron dos hermosos hoyuelos en las mejillas. Franz reflexionó, pero no sabía de ningún juego prohibido.

—¿Qué te parece si jugamos al supermercado? —preguntó Elsa.

Franz estaba algo sorprendido y pensó: «Jugar al supermercado debe ser como jugar a hacer compras. Eso es como para niños pequeños y no está prohibido». En ese momento el corazón le volvió a latir con fuerza.

—Está bien —respondió con firmeza.

—Bueno, entonces vamos —contestó Elsa—.

—¿A dónde? —preguntó Franz. —¡Pues al supermercado! —exclamó Elsa.

Entonces Franz tuvo el presentimiento de que jugar al supermercado era algo distinto de jugar a hacer compras. Pero, temiendo que ella lo tomara por tonto, no preguntó.

—Iré rápidamente a informarle a mis tías que saldré al supermercado—dijo y trató de saltar



nuevamente la cerca, pero Elsa lo sujetó por los pantalones.



—¿Bromeas? —gritó—. ¿Acaso también piensas llamar a la policía?

Tomó a Franz de la mano y marchó con él a través del jardín, calle abajo, hacia el supermercado. En la esquina se encontraron con un muchacho que miró a Elsa como si algo le hubiera estallado en su interior.

—Elsa, ¿puedo visitarte esta tarde?

—le preguntó.

—No —le contestó Elsa, y señaló a Franz—. Ahora él es mi amigo.

Franz sintió un poco de lástima por el muchacho, aunque se sonrojó lleno de orgullo. En la esquina siguiente, antes del supermercado, se encontraron con otro chico. Éste también miró a Elsa como si le hubiera estallado algo en su corazón.

—Elsa, ¿puedo ir con ustedes? —le preguntó.

—No —le contestó ella, y señaló a Franz—. Ahora él es mi amigo.

A Franz le brillaron los ojos de orgullo.

Pronto llegaron frente al supermercado y Elsa se apoyó contra un auto estacionado.

—Ahora entra y tíñeme una goma de mascar —le dijo a Franz.

—Lo lamento, pero no tengo dinero —repuso Franz.

—No tienes que comprarla, sino traérmela —dijo Elsa.





—¿Traértela? —susurró Franz. Ahora entendía cuál era el juego del supermercado. ¡Debía robar la goma de mascar!

Elsa miró su reloj de pulsera, que tenía segundero.

—Voy a medir el tiempo. Harold lo hace en tres minutos. Déjame ver si eres más rápido que él —le dijo.

Fue tal la sorpresa de Franz que no pudo decir ni una sola palabra. No quería robar, pero tampoco deseaba decírselo a Elsa. Ella le dio un empujón y Franz fue a parar a la entrada del supermercado.

«Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora?», se preguntó.

Y justo cuando Franz abrió la puerta, recordó que en el bolsillo de atrás del pantalón tenía un paquete de cinco gomas de mascar, sin abrir. Esto le quitó un peso de encima. Corrió por el supermercado, dio la vuelta a la primera estantería, pasó delante de la cajera, salió de nuevo y regreso a donde lo esperaba Elsa. Sacó del bolsillo el paquete de gomas de mascar y se lo entregó.



—¡Maravilloso! —exclamó Elsa—. ¡Un minuto y diez segundos! ¡Eres el más rápido!

Lo miró llena de admiración y Franz se sintió el mejor de todos. Entonces llegaron los dos muchachos con quienes se habían encontrado antes y Elsa les contó la gran rapidez con que Franz lo había hecho. Ahora Franz se sentía un poco mejor que el mejor. Estaba tan orgulloso y ocupado explicándole a Elsa y al otro muchacho que para tamaña pequeñez, un minuto y diez segundos era demasiado tiempo, que no se dio cuenta de que uno de los muchachos había entrado en el supermercado.

—Donde vivo, lo haría en cincuenta segundos —presumió Franz.

Entonces el muchacho salió del supermercado acompañado por una empleada grande y corpulenta, y ambos se lanzaron sobre Franz.

La empleada tomó a Franz por los hombros y lo sacudió.



—¡Es increíble! —gritó—. ¡Parece un ángel pero roba como un cuervo! ¡Dame la goma de mascar!

Elsa miró a la vendedora inocentemente con sus ojitos celestes.

—¡Oh, esto es terrible! —susurró Elsa y le entregó a la vendedora el paquete de cinco gomas de mascar—. En verdad no sabía que las hubiera robado. ¡Palabra de honor! Pensé que las había comprado.

La mujer tomó el paquete, lo examinó, sacudió la cabeza furiosa y soltó a Franz.

—¿Qué broma es esta?—preguntó—. ¡Este paquete no es de nuestro supermercado! ¡Nosotros no vendemos esta marca! —dijo, le entregó el paquete a Elsa y regresó al supermercado.

—¡Eres un bobo! —le dijo uno de los muchachos a Franz.

—¡Maravilloso amigo te has conseguido! —le dijo irónicamente el otro muchacho a Elsa. —¡Eres un imbécil! —le gritó Elsa a

Franz, y le ofreció la mano derecha a uno de los muchachos y la izquierda al otro.

—Ahora me voy con ustedes. ¡Pueden acompañarme! —les dijo, y se alejaron saltando.

Franz los miró irse. Sintió un vuelco en el corazón, un escalofrío en la espalda y se le puso la piel de gallina. Pero de manera diferente de lo que había sentido antes. Ahora se sentía terriblemente enfermo.

Permaneció largo tiempo en el mismo sitio y luego regresó lentamente a casa de sus tías. No

quería verlas, así que se coló por el jardín y se trepó a lo alto del manzano. En el jardín vecino estaban Elsa y sus amigos.

—No se pueden dividir cinco gomas de mascar entre tres personas. Así que dos son para ustedes y yo me quedo con tres —les dijo Elsa a los muchachos, y Franz la escuchó.

Al atardecer, Franz le escribió una carta a Gabi:



*Querida Gabi:*

*La casa de mis tías es muy agradable pero sin ti no estoy contento. Aquí no hay niños con quienes jugar. Sólo hay un duende en el jardín vecino, pero es muy malo.*

*Tu Franz*

Seis grandes lágrimas cayeron sobre el papel mientras Franz escribía. Allí donde caían, la tinta de color azul oscuro se corría produciendo nubes de color azul celeste.

Cuando el cartero le entregó la carta a Gabi, Franz ya había regresado. Gabi corrió a verlo con la carta en la mano.

—¿La escribiste cuando estaba lloviendo? —le preguntó a Franz señalando las nubecitas de color azul celeste.

Franz las miró y sintió subir los colores a su rostro.

—¡Ah, sí! —murmuró—. Ese día hacía un tiempo horrible, pero muy pronto pasó —le dijo a Gabi con una sonrisa.



FIN